Días borrados

Una canción para carla 2
Nuestra historia 3
La niebla 6
El arte de vivir 7
Laura 8
The year ~~week~~ of the cat 9
Héroes 10
El nombre de las cosas 13
El día en que estemos todos muertos... (y no lo sepamos) 14
En todas partes hay tesoros 15
La tormenta 16
cómo fotografíar un micho 17
Te cuento en que consiste el plan 20
Void () 22
La ciudad de los poetas 23
Algo Real 24
I.T 26
La muerte de un miliciano 28
Néboa 33
La hora de la siesta 36
Cronopios viajeros 41
La esfinge 42
Tatuaje 44
La memoria de las cosas 46
Magia 48
Desaparecer 50
Ya no engañamos a nadie 52

Una canción para carla

La última noche de mi niñez fue la noche en que descubrí que algún día moriría. Esa noche en que mi propia mortalidad se abrió paso ante mis pies la pase llorando aterrado en brazos de mi madre que me abrazaba y susurraba palabras llenas de amor aunque ella apenas entendiese nada.

Desde aquel día ya no hubo lugar para el consuelo en mi vida.

Las primeras fiestas, los estudios que no has elegido, las chicas que iban y venían sin darse cuenta de mi existencia. Ya no había consuelo en nada, era como vivir en un agujero negro que se llevaba consigo cualquier sensación de satisfacción o felicidad.

La primera vez que me pusieron un vodka mezclado con algo entre las manos, mi mundo se eclipso y las cosas empezaron a ir demasiado deprisa, sin apenas control sobre ellas. Sólo eran un puñado de momentos y situaciones que siempre ocurrían de la peor manera posible.

Todas las mentiras, las armas cargadas, tanto caer y levantarse, esa rabia siempre a flor de piel zumbando en la punta de los dedos rogándote, obligándote a que hagas algo, lo que sea lejos de esta absurda inmovilidad de calendario.

Si la muerte era el final inevitable, bramaba cada fibra de mi cuerpo, entonces quizás sería mejor adentrarse de manera definitiva en ella.

Me he despertado en la parte de atrás de un coche rodeado por una tapicería blanca muy bonita, imitando a cuero. Conduce un tipo con bigote al que no recuerdo haber visto en mi vida. Le miro un rato y una galaxia de puntos brillantes se desplaza a través de mis ojos en una cenestesia de dolor. Los cierro de nuevo y en la oscuridad me envuelvo entre una canción triste que sale de la radio y el traqueteo de las ruedas traseras sobre el asfalto.

Todo es confuso y extraño, la vida de otro.

El tipo me mira por el retrovisor y me dice que no me preocupe por manchar la tapicería, no es su coche. Se ríe ante mi cara de sorpresa y me dice que estuvo muy bien, que nunca había visto a alguien tan pequeño con tan poco respeto por su integridad física. Noto la sangre reseca en la labios y palpo un vacío de dolor en donde debería tener un diente.

No me molesto en responder, la vida nos acaba llevando por caminos extraños y todo me acaba pareciendo increíblemente gracioso, como una película llena de chistes gastados y fáciles. Al final no queda otra que lidiar con una vida que no hemos elegido, y lo hacemos con la torpeza de los actores que dejaron de creer en el guión al pasar la segunda página.

Como siempre que siento mi ánimo flaquear busco la cartera en el bolsillo trasero donde imperecederamente, entre billetes y papeles arrugados, aparece tu foto. Una polaroid casi sin color convertida en un pequeño borrón de otros tiempos. Apenas es un boceto de un recuerdo borroso, algo que ya no debería estar ahí, pero al mirarte no dejo de pensar si todas esas cosas estúpidas con las que he llenado mi vida las he hecho sólo para impresionarte. Una forma absurda de gritarte que era especial, alguien digno de ocupar el resto de tu vida. Pero tú buscabas domingos comprando en el supermercado, absurdos trabajos de supervivencia y sexo a escondidas para que no nos oyesen los niños y yo sólo esperaba ver un gran incendio por el retrovisor.

No dejo de soñar con la idea de una segunda oportunidad. Ahora, que ya sabemos que no tendremos nuestra Sierra Maestra, que no habrá desembarco alguno en Normandía o nuestro palacio de la moneda en llamas. Ahora, cuando hemos comprendido que no moriremos jóvenes y trágicos en la sierra de Guatemala ni tendremos nuestra historia de amor escrita por Ken Loach, ya nada de todo esto tiene sentido. Es la muerte inevitable quien escribe el guión sin preguntarnos y quizás ahora mismo, en la siguiente curva, salga a nuestro encuentro.

Nuestra historia

Casi todos nosotros, en algún momento de nuestras vidas, hemos marcado en un mapa del mundo los lugares ya visitados. No es algo que nos dure mucho tiempo, es algo que hacemos hasta que nos comprendemos demasiado pequeños y dejamos de intentar abarcar un mundo inabordable. Luego, pasados un puñado de años, nos avergonzamos al encontrar esos viejos mapas olvidados como una promesa rota en los lugares más insospechados, al acecho, esperando encontrarnos con la guardia baja para recordarnos todas aquellas cosas en las que juramos no convertirnos.

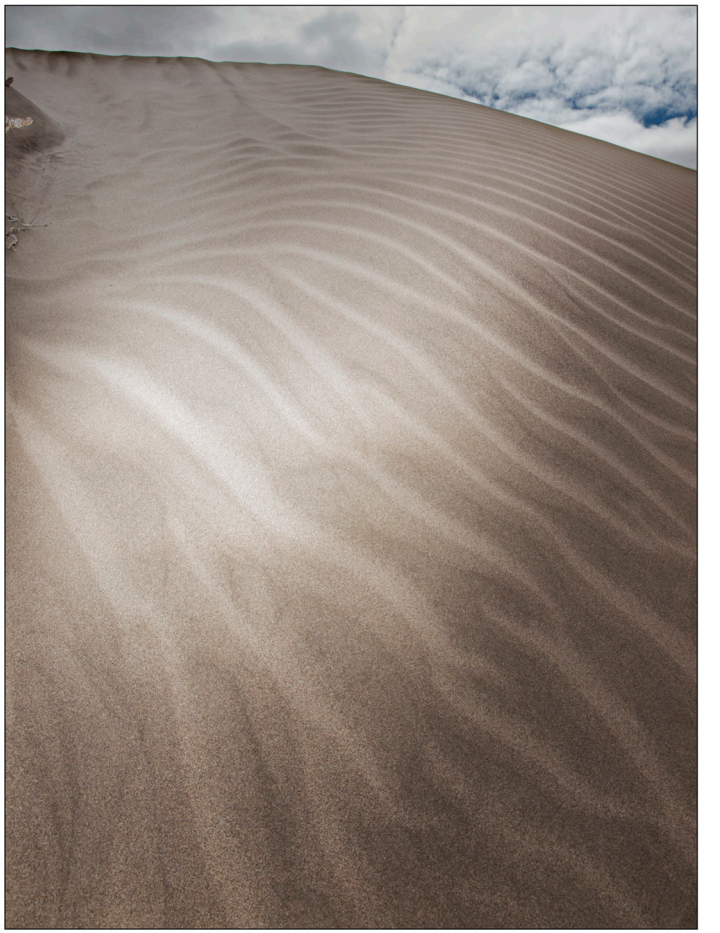
También podemos hacer justo lo contrario: conocí a un persona que llenaba el globo con todos los lugares que quería conocer e iba desmarcando los ya vistos. Era una batalla desigual porque el número de chinchetas no dejaba de crecer año tras año al ritmo en que leía revistas de viajes, o los protagonistas de los libros que leía incansable se dispersaban por el globo.

En muchos de aquellos viajes estuve yo con mi cámara siempre colgada al hombro, la necesitaba para hacer todo aquello real; era el contable práctico y sin imaginación que coleccionaba lugares para poder poner otra chincheta en un mapa.

Cada vez que nos plantábamos delante de algún monumento sacaba la cámara e intentaba abarcar toda la superficie posible. Él me esperaba fuera de la toma mientras yo encuadraba la torre Eiffel, la puerta de Brandenburgo o ese niño tan feo que orina ante los turistas. Nunca decía nada, sólo sonreía con esa sonrisa que era tan suya que no he vuelto a encontrarla en ningún otro lugar.

Una vez le pregunté el porqué de aquella sonrisa cada vez que hacía una foto. Él se sacó de la mochila un puñado de postales que había estado escribiendo, las coloco sobre la mesa y me dijo: porque para hacer esas fotos es mejor comprar una postal. Ves esto, me enseña una foto de la torre Eiffel, ¿de verdad crees que podrás hacer una foto distinta, no mejor ni peor, a las miles de fotos que ya han sido hechas de ese enorme pararrayos? pero, ¿ves esto?, posaba su dedo sobre una pequeña mancha totalmente fuera de foco en una esquina, quizás sea una bolsa de plástico o un periódico abandonado. Eso sí es algo único, nadie lo ha fotografiado nunca.

A partir de ese día un adoquín roto a la entrada de un puente sobre el río Moldava o un puñado de flores abandonadas en una catedral de Palermo se convertían en algo más que una foto, formaban parte de nuestra historia. Tan única y especial que nunca nadie la había fotografiado.



Tengo cajas llenas de pequeños retazos imposibles de cartografíar en ningún sitio concreto que duelen con su sola presencia en lo alto del armario. Esa era nuestra historia, tan única y especial que ya no queda nadie que la cuente.

Cuando la niebla bajaba aullando por la ladera del monte el empedrado de la aldea se cubría con una pátina resbaladiza y las luces de las farolas parecían agonizar, incapaces de seguir alumbrando las calles desiertas.

En las casas, el ganado rugía inquieto con los ojos desorbitados por el miedo y los perros ahogaban sus cuellos contra los collares. Todo el pueblo sabía que si alguna res estaba a punto de parir el ternero nacería muerto o con terribles malformaciones. Ese era el tipo de conocimiento que pasaba de generación en generación sin necesidad de estar escrito en parte alguna.

Dentro, las mujeres avivaban los fuegos, se dibujaban cruces sobre el rostro entonando viejos rezos y llenaban las juntas de puertas y ventanas con sal y semillas de albahaca. Los hombres, obligados por alguna antigua tradición, fingían sentirse valientes y cargaban las escopetas con estúpida seguridad mientras se asomaban por las ventanas orientadas a los montes.

Algunos de ellos no podían resistirse más y acudían a una llamada que había palpitado durante siglos agazapada en sus corazones. Con los hombros encogidos, se diría que avergonzados por sus actos de forma prematura, salían al exterior ignorando las súplicas y amenazas de sus esposas para entregarse en las plazas y alrededor de las fuentes a una danza obscena con las mujeres que habían bajado envueltas en la niebla. Mujeres con musgo tejido entre los cabellos, medio desnudas y con olor a roble y ceniza entre los pechos.

La mayoría volvían al día siguiente, con gesto hosco y sin mediar una palabra cogían la escopeta y los perros y volvían al monte a enfrentarse en soledad con su conciencia. Otros no regresaron jamás, marcharon con aquellas mujeres para no volver a ser vistos con forma humana; eran convertidos en fieras parduscas de pelo cobrizo que algunas veces se dejaban ver fugaces entre los riscos.

De aquellas noches de niebla y viejos rituales nacían nuevos vástagos, siempre hembras, que mantenían aquella raza casi desaparecida en una obstinada lucha por la supervivencia.

Mi abuela, durante los últimos años de su enfermedad, sostenía que así es como mi abuelo había desaparecido de nuestras vidas. Mi madre, sin embargo, me hablaba de largas cartas llegadas desde América con algo de dinero, siempre insuficiente.

La enfermedad de mi avoa había difuminado por completo la frontera entre una realidad cada vez más hostil y un mundo extraño donde las cosas se habían mezclado demasiadas veces hasta hacerlas irreconocibles. Su cordura se había ido retirando paso a paso cada vez más adentro de su conciencia, como quien cierra las estancias de una casa en llamas, hasta que ya no dejo nada tras de sí.

En el cementerio hemos llevado unas flores frescas que resaltan entre las zarzas y madreselvas salvajes que llenan hasta el último resquicio. Pronto ese verdor se lanzara sobre las pobres flores que hemos llevado y las engullirá implacable. Exactamente igual que ha hecho con la aldea y con cada rastro de la civilización que ha costado siglos levantar; sobre los muros derruidos, en el eco de cada estavía abandonada, la vegetación ha tomado posesión de unos dominios que le fueron arrebatados de forma temporal. Ese verdor no conoce el tiempo ni tiene edad, no tiene prisa ni le preocupan nuestros monumentos ni nuestra civilización porque sabe que saldrá victoriosa.

Mi madre me estira la chaqueta y el cabello avergonzada por mi aspecto desaliñado en un lugar sagrado, de nuevo las viejas tradiciones que nunca desaparecen del todo. Al hacerlo me deja ver sus ojos el tiempo exacto para poder ver el miedo flotando en ellos. El miedo en los ojos de tus padres, el único lugar donde no querrías verlo. El miedo a la muerte, a todas las preguntas sin respuesta.

Me quedo un paso por detrás de mi madre que se acerca a un lapida irreconocible y me vuelvo a preguntar que habremos venido a buscar aquí, tantos años después de la muerte de mi abuela.

Mi madre se vuelve con lágrimas en los ojos y me abraza inundándome con el olor a ceniza de su cabello que siempre, desde que tengo recuerdos, ha sido su olor. Al menos yo te tuve a ti, me susurra apesadumbrada, pero tú estás tan sola, mi niña.

La niebla

El arte de vivir

Cada etapa del artistadelalambre ™ que cerramos lo hacemos con la firme de convicción de que será la última. El cierre de un proceso que empieza con un puñado de ideas, buenas o malas, es imposible saberlo antes de aparecer en papel, y que se van desgranando durante un año hasta que te quedas sin nada, vacío como un globo que se ha quedado sin aire.

Leer es algo natural, es propio de animales evolucionados que sienten curiosidad y ganas de aprender. El escribir, por el contrario, no tiene ningún sentido. Da igual si escribes algo que merezca la pena o un montón de basura, siempre supone un gran esfuerzo y nunca, nunca queda igual que como lo habías imaginado, es una lucha perdida de antemano.

Hasta que un día comprendes que, en el fondo, ya no tienes nada que decir.

Planteada la vida así puede parecer descorazonadora, pero es la fe de los muyahidines que creen en una victoria aún cuando no sepan cómo cojones harán para llegar a ella. Hay que pelear, en el ring, en el tatami o en la calle, con las manos desnudas o atadas a la espalda. Sin esperar la victoria, sabiendo que no se encuentra en nuestra mano, pero sin dejar de situarla en el norte de todos los mapas que recorremos.

Quizás por eso, cada año pasado lo hemos ido guardando en un pequeño libro que hemos ido guardando en la trastienda. El formato no siempre ha sido el correcto ni el resultado aquello que habíamos soñado, pero son pequeños hitos que nos recuerdan el camino trazado.

¿Y este año?, este año el calendario nos ha dicho que ya llevamos siete asaltos y hemos decidido que era un buen momento para hacer nuestra propia carga de la brigada ligera: se han formateado los textos, se han rehecho las fotos y se ha creado un libro con todo eso. Pero un libro de verdad, de esos que te imprimen en bonito y le ponen unas tapas preciosas. Lo hemos hecho con Blurb, y este es el resultado.

Pagar esa cantidad de dinero por algo así es algo que sólo harán los padres de la criatura, lo entendemos perfectamente, por eso, y por no traicionarnos, lo hemos dejado gratuito en la trastienda.

Nos vemos otro año más, o no...

Laura

Es complicado. Por dónde empezar... Esta ciudad, antaño cuna de la más importante burguesía ilustrada del país era, paradojas de la vida, Jauja hace unos pocos años. A la sombra del Teatro de la Ópera y bajo una lluvia de confeti, banderas y bandas de música, el Ali Babá contemporáneo, es decir, el alcalde de la ciudad, eufórico, daba la bienvenida a los proyectos megalómanos de Francisco Romeu. Era el tiempo del café para todos, el todo vale y el entusiasmo desmesurado. España es el país donde se puede ganar más dinero a corto plazo de Europa y quizá del mundo. No sólo lo digo yo, decía el ministro de Economía del momento, lo dicen los asesores y expertos bursátiles. Cierto. Con trampa pero cierto. Nuestra pequeña metrópoli era la envidia del resto de ciudades, el máximo exponente del crecimiento, y Romeu, una especie de gurú en el mundo empresarial, al margen, claro, de cualquier consideración ética. Por aquellos días, el dinero, en muchos casos, público, se movía a velocidad de crucero como si se tratase de papel del monopoly y sin verse sometido a ningún tipo de fiscalización por institución alguna representativa del interés colectivo (puesto que de dinero público se trataba).

Años más tarde vendrían los recortes y el apriétense los cinturones y bájense los pantalones a las órdenes de la Unión Europea. Pero todo eso vino luego, y ustedes ya conocen, sin necesidad de que yo les cuente, el final de esa historia.

En cuanto a la que a mi me ocupa, hoy, diez años después, los escándalos por corrupción se suceden ininterrumpidamente y don Francisco, como le llaman los medios de comunicación, o Paquito el basuras, como le apodaron con sarcasmo los colegas, se sienta en el banquillo de los acusados, imputado por tal cantidad de presuntos delitos que tengo la sensación de estar manejando una bomba de relojería cada vez que abro la puerta del cuarto donde se almacenan los miles de folios del Caso Romeu y sus vertientes. Miles de folios que cuentan lo que se ha podido averiguar hasta ahora. Pero lo que realmente me da escalofríos es lo que no se ha hecho público. Todo lo invisible. Todo aquello por lo que ningún juez lo ha imputado. Todavía. Sus relaciones con la mafia. Esos tipos yugoslavos que conocí en su finca. Lo peor no es lo que cuentan los periódicos y los telediarios. Lo peor es lo que Romeu no cuenta, sus secretos, sus negocios por debajo de la mesa, las reuniones en su despacho cuando todos están en el comedor, con la copa y el puro. Lo peor, siempre, es lo que está detrás del telón.

Encontré estas pocas líneas entre un montón de facturas de Laura. Ella nunca hablaba de su trabajo. Es todo muy delicado, decía y entonces, me parecía normal, supongo. A veces yo solamente sabía lo que oía en las noticias o leía en algún periódico. Que se movía en el mundo del cemento, de la basura, de la corrupción. Que trataba con gente peligrosa, gente sin escrúpulos, gente con la mano demasiado rápida, demasiado suelta; acostumbrados a partir piernas y romper cabezas. Gente con un código de conducta distinto al del resto. Familiarizados con el dinero y el poder. En todas las noticias, siempre acababa saliendo a colación ese tal Francisco Romeu. Todo eso lo sabía o lo intuía pero, era su trabajo. Lo había repetido mil veces... “he trabajado mucho para llegar aquí”... Era lo único que decía cuando le reprochaba las horas, el agotamiento, el esfuerzo desmedido. De todo lo demás no hablaba nunca y a mi tampoco me apetecía preguntar. Nunca mencionó a ningún yugoslavo. Nunca dijo que tuviese miedo. Nunca lo dijo, ni siquiera cuando lo tenía y, tumbada a mi lado, se abrazaba fuerte a mí como un náufrago a una tabla.

Reconozco que nunca quise saber, que es cierto que sentía cierta envidia hacia su trabajo o hacia la dedicación que tenía hacia él. Yo sólo quería tenerla a mi lado. Me bastaba con eso. Cómo iba a querer que hablásemos de ese rival que tantas horas la tenía apartada de mi lado; de ese tirano que algunos días la hacía llegar a casa con la cara descompuesta, fingiendo una sonrisa que tardaría horas en poder esbozar de verdad. Me importaba una mierda su puto trabajo

No la imagino escribiendo un diario de manera que, no sé bien qué es esto. Quizá necesitaba ordenar algunas ideas, dejar constancia de algo. Un testamento vital o el relato de una vida, con sus contradicciones y sus problemas. Desahogarse, tal vez. Describir para ella misma las cloacas a las que descendió un día, por necesidad o por ambición, qué se yo... Relatar el submundo que se oculta detrás de muchos escenarios con entrega de premios al empresario del año. Señalar con el dedo las pruebas del delito, los culpables de los crímenes. Desmarcarse de la mentira contando la verdad. Tratándose de Laura, quién sabe. Si fuese un poco vanidoso, hasta podría pensar que lo escribió para mi, para que yo algún día lo encontrase, para que pudiese entenderla un poco mejor. O para que la aceptase simplemente. Como un puente, tal vez, que tiendes hacia el otro para evitarle los pasos en falso, para brindarle un camino seguro, un campo de certezas.

Sin embargo, Laura, aquel día me quedé esperando. Esperándote en un terreno minado de conjeturas y de preguntas que nunca me vas a responder. No he encontrado respuestas en todas estas cosas que has dejado escritas, Laura. No las he encontrado. Así que... tú dirás, querida... Tú dirás qué quieres que haga con la historia de nuestras vidas... A mí, cada canción me sigue devolviendo a ella.

to be continued... or not

The ~~year~~ week of the cat

El primer recuerdo de su infancia, lo más lejos que llegaba su memoria, era el ver a su padre sentado en el otro extremo de la mesa de la cocina sin decir una palabra. Midiéndose ambos en completo silencio desde cada punta de la mesa y casi oliéndose, intentando descifrar en los gestos del adversario una señal de amistad o algo que precipitase la huida.

Y así había sido siempre, dos extraños observándose con recelo desde distancias insalbables.

Aquella noche en que se reencontraron su padre era un desconocido que había pasado los últimos tres años, casi toda su vida, en un agujero de cemento y al que sólo habían dejado salir para hacerse cargo de una mocosa a la que apenas había visto seis veces a través de los cristales blindados de la prisión.

Si le preguntas algo más sobre aquella época, ella te hablaría de los hombros vencidos de su padre, sus ojos que intentaban decir cosas que nunca lograban salir por la boca y todo el cansancio supurando por cada poro de su piel. Pero, por encima de todo te hablaría del miedo que perseguía incansable a su padre. Un miedo espeso y tan palpable que era casi una sombra pegada a los talones: miedo a no estar a la altura, a fracasar otra vez como lo había hecho en todas y cada una de las cosas que había intentando en su vida.

Contra todo pronostico su padre lo había logrado: apenas se le había vuelto a ver bebido y bajaba la cabeza cuando aceptaba cualquier empleo de mierda que le permitiese llevar algo de dinero a casa. Había luchado contra todos sus demonios y los había encadenado en lo más profundo de su alma. Si eso no lo convertía en un buen padre nada lo haría, era lo que decía todo el mundo.

Pero para ella toda esa lucha no había sido suficiente.

La noche en que supimos que ella se marchaba, mi hermano la paso haciendo y deshaciendo un millón de veces la maleta. Soñaba con ese milagro que ocurre en los cines: un plano perfecto de él pegado al equipaje y corriendo por un pasillo lleno de gente hasta llegar al vestíbulo de la estación donde estaría ella, de espaldas y con el pelo convertido en una cascada multicolor gracias a la luz que brota desde un millar de espejos distintos. Un plano cenital, un beso largo apasionado y un “the end” brotando en la pantalla.

Mi hermano era un cobarde, como todos nosotros. Había algo insano en este pueblo, en el propio aire que respirábamos, que nos hacía ser así. Un lugar donde los pasaportes caducan sin un sólo sello entre sus hojas y todos acabamos muriendo a pocos metros del lugar donde nos nacieron.

Hasta donde abarca la vista todo es un puñado de tierra marrón en donde sólo puedes encontrar algo de consuelo en los predicadores y sus tramposos discursos de redención durante la misa de los Domingos. Con los jóvenes apoyados con desgana en la última fila y sintiéndose fuera de lugar, pero al poco avanzando según se hacen mayores hasta formar parte de la masa informe de las primeras filas donde los ancianos siguen el discurso del cura con cadencia de metrónomo.

Una vida tranquila, os dirán, un fosa pagada a los cuarenta años, las deudas saldadas y las carreteras llenas de polvo que no invitan a llegar a ningún lado. Viendo pasar la vida desde una mecedora al borde del

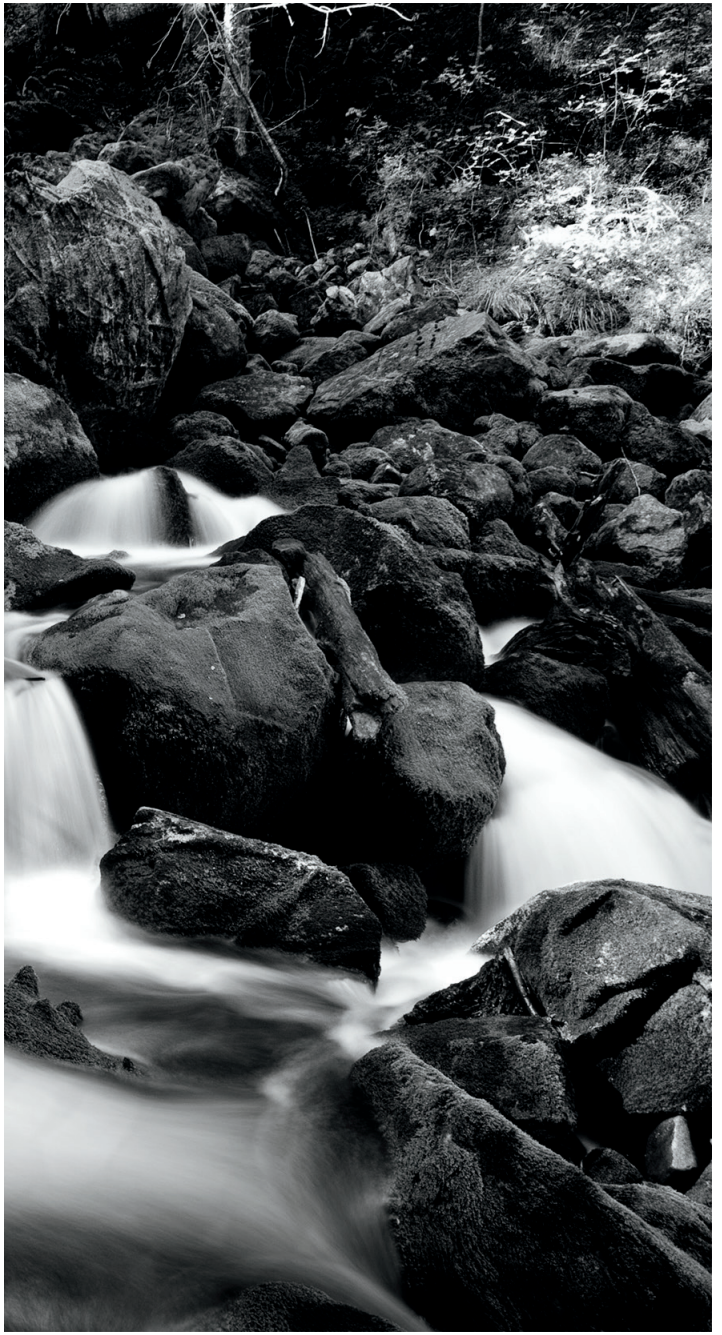
Héroes

camino mientras una radio desportillada escarba el éter en busca de vida y la cafetera se oxida en un rincón.

Nadie quiso a ver como subía a ese autobús. Mi hermano se quedo en la tienda con mi padre y yo subí en bicicleta hasta la gasolinera de las afueras para verlo pasar en la última curva. Había tanta valentía en aquel pequeño gesto, resultaba tan inconcebible que alguien pudiese escapar de aquel lugar que desde ese día todos olvidaron pronunciar su nombre.

He recibido un puñado de cartas suyas escondidas bajo sobres de publicidad. Casi no hay letras, sólo fotos de avenidas desiertas y paisajes industriales. He visitado las ciudades más aburridas del país, decía en una de ellas, y todas me siguen pareciendo increíblemente hermosas al lado del lugar donde nos nacieron.

11 Días borrados



La primera vez que mi padre me llevo a ver el nacimiento de un río sentí una decepción proporcional a las cuatro horas de caminata montaña arriba para terminar, casi sin resuello, ante un hilillo de agua saliendo de entre las piedras.

Aquello era algo absurdo, era imposible que ese charco de agua sucia acabase siendo un río de verdad. Me esperaba un acontecimiento geológico, algo a la altura del esfuerzo que había supuesto llegar hasta allí: quería ver a la madre tierra postrada de dolor pariendo entre estertores a colosales géiseres que se desperdigasen colina abajo arrasando todo a su paso.

Mi padre, que era experto en descifrar el significado de las nubes y leer el rostro de sus hijos, se arrodillo a mi lado y me dijo que podía no sentirme impresionado por aquello, pero que nadie nace grande y que sólo se nos puede medir en función de aquello a lo que nos hayamos enfrentado. Como yo, añadió mientras me daba un coscorrón con sus enormes manos, que era apenas un mocoso, pero estaba destinado a ser grande, mucho más grande y mejor que ellos dos, mis progenitores. Y ese era el mayor orgullo que podía tener un padre, inmolarse, sacrificar sus vidas y sus sueños para construir sobre las ruinas la siguiente generación.

Mi padre sabía leer las nubes y las pisadas furtivas de los zorros junto al río, conocía los nombres de las cosas y podía hablar con los animales. Creo que ya entonces, alguna vez, debió intuir el desastre que yo acabaría siendo al crecer, pero nunca me lo hizo saber. Guardaba silencio, trabaja duro y nunca decía nada.

Mi padre pertenecía a esa raza que se lo guarda todo en su interior y de de la que sólo sabías lo que pasaba por su cabeza cuando todo explotaba y ya era demasiado tarde para una disculpa o una explicación.

El nombre de las cosas

El día en que estemos todos muertos...

(y no lo sepamos)

Es la hora más brillante del último día del verano y todos nos hemos congregado en la azotea para despedirlo; nos recorre una energía sucia y primitiva que eriza el cabello y nos amputa el alma. Sentimos que si no abrimos las alas, si no damos el salto definitivo, ahora, en este mismo instante, ya nunca lo haremos: estaremos atrapados aquí para siempre.

Algunos han subido con una taza de café, otros con un cigarrillo que se han olvidado de encender y todos nos movemos por la terraza mientras musitamos saludos cargados de vergüenza: nadie quería estar aquí acompañado. Es algo que queríamos guardar para nosotros mismos y la presencia impuesta de otros seres humanos nos hace sentir menos especiales, como si a todos nos hubiese tocado la lotería de repente.

Somos como un puñado de cucarachas ciegas que, a base de excavar y excavar entre montones de mierda acumuladas en capas geológicas, hemos salido cegados a la luz de un sol que nos abrasa y nos obliga a contemplar lo horribles que son nuestras vidas allá abajo, atrapados en las oficinas y rodeados de aparatos electrónicos a los que rendimos pleitesía.

Desde hoy en adelante el invierno impondrá su presencia y los días se irán volviendo cada vez más pequeños y grises hasta hacerse ceniza entre nuestras manos. Todo acabará sonando como una canción mil veces repetida y se le pegará ese aspecto sobado y aburrido de las fotografías mil veces vistas o de los cuerpos y los caminos ya recorridos.

Las polillas suicidas trazan su vida en busca de una luz que acabará por matarlas, lo saben, pero no dejan de buscarla. Quizás sea algo hermoso o algo estúpido, no depende de nosotros el juzgarlo: sólo somos cucarachas.

En todas partes hay tesoros

Calvin & Hobbes me enseñaron que en esta vida se puede huir de casi cualquier cosa: sólo debes refugiarte en algún pequeño rincón de la imaginación para seguir sosteniendo la pequeña mentira de (sobre)vivir.

Según vamos creciendo aquello de lo que huimos se hace más grande y amenazador porque lo alimentamos con nuestras dudas y nuestros miedos, pero el truco sigue siendo válido. Sólo debemos construir algo lo suficientemente grande y hermoso como para ocultar aquello que no queremos ver. Cada vez más grande, cada vez más difícil de creer.

Con el tiempo, me diréis, todo se acabará viniendo abajo y entre el ruido y la confusión de la caída veremos toda la burda tramoya que hemos levantado con tanto esfuerzo.

¿La verdad?, no se vosotros, pero yo no pienso vivir tanto tiempo como para verlo.

La tormenta

Últimamente veo la muerte en todas partes, irremediablemente cercana en cada acto, en cada palabra. Quizás cercana no sea la palabra adecuada, es algo liminal, como un recordatorio de que no tenemos todo el tiempo del mundo. Un aviso en brillante nEóN sobre un cielo nocturno para decirme que debería dejar de soñar con una segunda oportunidad y hacer algo, pero el qué.

No hay respuesta.

Mi vecina tiene un perro colosal, una bestia peluda y estúpida con un corazón enorme que vive aterrada. Camina encogida con el rabo pegado a los cuartos traseros y mira con pavor a su alrededor hasta que, a veces, se detiene incapaz de dar un paso más y te mira con unos ojos enormes y abisales. Cuando te agachas a su altura notas el corazón palpitando a toda velocidad y enseguida busca tu olor y se refugia bajo los brazos intentando no ver lo que hay alrededor. Es imposible saber lo que pasa por su cabezota, que pudo ocurrir para que en su vida sólo hubiese lugar para ese miedo que todo lo empuja y no deja espacio para nada más.

Mi vecina tiene a ese perro, un divorcio y un trabajo que le hace viajar por todo al país. Ahora el perro y yo dormimos muchas noches juntos; el se refugia bajo la manta en el suelo y se pone a temblar hasta que doy dos golpecitos sobre el colchón y se sube corriendo para poner el hocico sobre mis tobillos.

En las noches de tormenta gime y tirita hasta que sale corriendo con la manta enrollada al cuerpo y se sube sobre la mesa para ver la tormenta arrasando la calle. No para de ladrar hasta que me despierto y me pongo a su lado, y así pasamos la noche: sumidos cada uno en sus pensamientos y soñando despiertos con que una tormenta nos lleve lejos de todos nuestros miedos. Sin creer, pero sin dejar de hacerlo, en los pequeños milagros que salvan una historia antes de que alguien, posiblemente Dios, escriba un “The End” en la pantalla con unas enormes letras de escolar aplicado.

CÓMO FOTOGRAFÍAR UN MICHO

17 Días borrados

Los mininos, como criaturas inteligentes que son, han aprendido a desconfiar de los humanos y sus extraños cachivaches. Por eso, si nos presentamos ante ellos y les apuntamos con un artefacto fotográfico, su primera reacción será subirse a la estantería más alta de la habitación.

La mejor forma de aproximarse con una cámara ante un felino es sostenerla en la mano como si fuese cualquier otro tipo de objeto cotidiano y dejarlo de forma casual relativamente cerca de sus bigotes. Es algo que se encuentra más allá de sus instintos, incluso esos gatos gordos y perezosos que pasan los días comiendo, engordando y siendo adorados por sus esclavos humanos, se acercarán a poner la zarpa encima de cualquier cosa nueva y extraña que tengan cerca.

Una vez que hayamos conseguido su atención ya tenemos gran parte del trabajo hecho. Eso sí, no olvide que si aún es dueño de una de esas antiguas cámaras analógicas, el siguiente paso es mucho más complicado ya que los gatos, al carecer de pulgares oponibles, no podrán pasar adecuadamente el carrete con la palanca; en las modernas cámaras digitales, con sus botones tan fáciles de pulsar, es casi trivial lograr que el gato aprenda los mecanismos básicos.

En cualquier caso, recuerde que los gatos son criaturas muy vanidosas que no soportan recibir lecciones de ningún tipo, y mucho menos de un humano, por lo que debe limitar las explicaciones a conceptos sencillos y hacerlo sin que parezca una clase magistral. Hágalo como si estuviese hablando para sí mismo, algo en plan: seguramente si pulso este botón y muevo esta rueda en el sentido de las agujas del reloj modificaré los parámetros del obturador.

En poco menos de dos horas un gato adulto habrá podido aprender los mismos conceptos que cualquier cachorro humano inteligente asimilaría en un par de semanas. En el caso de mi gata me he limitado a explicarle como funciona el modo semiautomático y, por supuesto, el autodisparo. Algo fundamental cuando queremos que el felino se fotografíe a si mismo, objetivo último de este artículo.

Una vez que tengamos la seguridad de que los conceptos han sido asimilados podemos dejar a nuestra mascota a solas en la habitación. En general trabajan mejor sin interrupciones de ningún tipo, por lo que es bueno cerrar la puerta y asegurarse un entorno silencioso para que, en un par de horas aproximadamente, un gato normal, no hace falta que sea especialmente inteligente, nos entregue unas seis o siete fotos más que aceptables.

Como último punto no olvide compartir los resultados con el

modelo para valorar su opinión. Recuerde que esa misma vanidad de la que hablábamos antes les hace convertirse en criaturas ponzoñosas, auténticos pozos de rencor y maldad cuando se sienten humillados en su felinidad. Ni se le ocurra subir un vídeo de su gato cayéndose de forma estúpida o posando con cara de cierto retraso mental. Si hace eso, seguramente no hoy ni mañana, pero seguro que en algún momento, acabará siendo víctima de algún extraño accidente doméstico de difícil explicación que incluirá desnudos parciales, botes de lejía encajados en estrechos orificios y posturas claramente bochornosas.

La asociación americana para la seguridad en el hogar cifro en un 85% los hogares en lo que se habían producido accidentes calificados como extraños por los servicios sanitarios y con un gato como mascota. Una cifra que sólo alcanzaba un 22% en el caso de casas con perros y un mísero 5% en el caso de hogares sin mascota. Téngalo en cuenta la próxima vez que suba un video a YouTube o se abra un nuevo flickr.

Espero que este artículo os haya sido de utilidad y que no dudéis en compartir vuestras experiencias y resultados con nosotras. En breve haremos algo similar con los perros y otras mascotas. Incluso uno de nuestros colaboradores habituales ha obtenido resultados esperanzadores con peces, aunque de momento todas las fotos han salido horriblemente movidas o los peces han ~~pececido~~ perecido entre terribles agonías.

TE CUENTO EN QUE CONSISTE EL PLAN

El niño traza planes de huida sobre el vidrio empañado: ha dibujado un pequeño mapa a escala del país, o al menos de la parte que conoce, desperdigando un puñado de ciudades marcadas con un círculo. Con ayuda de su madre intenta recordar los familiares y amigos que conocen en cada uno de esos puntos y calcula los días que podrán pasar allí y la distancia hasta el siguiente salto. En un mes, concluye con asombrosa seriedad, estaremos en el otro extremo y ya no podrá alcanzarnos. Estaremos a salvo.

Es un mapa deforme y feo, los puntos se encuentran fuera de toda escala y ciudades separadas por cientos de kilometros aparecen pegadas a pocas horas de viaje. Pero la madre sonríe y le dice que es lo esta haciendo muy bien, que es todo un hombrecito.

Cuando el niño acaba por quedarse dormido plegado en el asiento y con una mano aún metida dentro de la bolsa de golosinas, la madre se frota los ojos por debajo de las gafas y susurra un apagado oh, dios mio y empieza a llorar en silencio con los hombros encogidos.

El autobus sigue su curso convertido en una estela de luz que rompe la noche y en su interior todos guardamos silencio. Algunos despiertos, otros intentando dormir. En unas horas habremos cruzado la frontera y todos vamos trazando en silencio nuestros propios planes de huida, sólo interrumpidos por los sollozos de la madre que mueve su cuerpo ritmicamente.

Algunos de nosotros nos miramos inexpresivos mientras los sollozos de la madre nos recuerdan lo que somos y nos hace sentirnos impotentes ante su dolor. Bajamos la cabeza con cobardía e intentamos sacarla del plano, apagar su voz y un sufrimiento del que nos ha hecho partícipes sin haberlo pedido.

En el cristal, el mapa empieza a deshacerse convertido en un borrón borroso y deforme que se desplaza en gruesas lágrimas por el vidrio de la ventanilla.

Nunca la vi tan frágil y tan hermosa como el día que nos anunció que su padre había fallecido. Había vuelto al trabajo después de tres días sintiendo como las paredes de su casa se le venían encima y ahora estaba allí, apoyada sobre el quicio de la puerta en la oficina, con el cansancio colgando de los ojos y hermosa, no había otra palabra para describirla.

De alguna forma todos en el trabajo se habían acabado enterando de su tragedia, y en cuanto la vieron aparecer por la puerta se arremolinaron alrededor para envolverla con palabras y todas esas frases que hemos aprendido a base de años de iteración social. Es algo fascinante, todos sabemos como reaccionar en esas situaciones aunque sea la primera vez que las afrontamos, lo llevamos grabado en la ROM. Todos menos yo, que permanecí parado con un teclado en la mano que estaba intentando arreglar en ese momento con el ceño fruncido y sin pronunciar una palabra.

Me hubiese gustado que todos en aquella habitación se esfumasen con sus palabras y sus sonrisas de comprensión y nos hubiesen dejado a solas para poder abrazarla y compartir su dolor. O que el tiempo se hubiese detenido un instante para dejarme buscar algo que decir, algo que fuese capaz de agrupar todo lo que sentía en una sola frase.

Supongo que cualquier cosa hubiese sido mejor que quedarme allí sin hacer nada. Toda mi vida ha sido un cúmulo de momentos extraños ante los que no he sabido reaccionar.

La muerte de su padre, relativamente joven, había supuesto una especie de epifanía en su vida. Un memento mori innecesariamente cruel que le había llevado a replantearse todo aquello que había ido guardando en un enorme cajón llamado Vida: a los tres meses se había casado con su último novio y a los cuatro estaban esperando el que seguramente sería el primero de muchos cachorros sanos y regordetes.

En realidad, cuando hablamos de cambiar nuestras vidas, los seres humanos no somos especialmente singulares.

Cuando empecé en este trabajo ella ya era una especie de leyenda en su campo. Me habían contratado para ampliar uno de sus últimos códigos en el que toda la parte complicada ya estaba hecha, y sólo faltaban tratar y presentar la información de forma que pudiese ser digerida por tipos trajeados cinco plantas más arriba. Creo que me dieron esa tarea como una cura de humildad, la típica tarea aburrida y degradante para bajarle los humos al chico nuevo.

Pronto descubrí que ese trabajo que se producía en casi completa soledad y que obligaba a excavar entre toneladas de líneas de código se adaptaba perfectamente a mi forma de ser. No me suponía un gran esfuerzo hacerlo, y apenas tarde una semana en descubrir de donde venía su prestigio: el código que tenía delante estaba más cerca de la poesía que de la programación. Ella lanzaba haikus perfectamente organizados que cuando se juntaban hacían algo que sólo puedo describir como magia. Al lado de lo que ella creaba el resto sólo éramos escolares jugando a combinar colores con unos rotuladores enormes mientras nos sacábamos cosas asquerosas de las orejas y la nariz.

Aunque no era estrictamente mi trabajo, enseguida me obsesioné con aquel código. En parte porque es mi forma de ser y en parte porque era la excusa perfecta para acercame a su silla con la cabeza gacha a intentar robarle unos minutos. Ella se sentaba a mi lado, me quitaba el teclado y desplazaba sus dedos, pequeños y de uñas mordidas, a una velocidad endiablada. Yo intentaba acoplar mis ondas cerebrales a las suyas, algo que siempre acababa en dolor de cabeza, y me dejaba envolver en su colonia cuando había quedado con algún novio o un ligero olor a café y sudor cuando había tenido una mañana especialmente difícil, lo que en su escala debía ser el equivalente a escalar el Eiger con tacones de aguja.

Había partes del código que ella nunca me explicaba y se saltaba con fingida indiferencia. A pesar del alejamiento con el que hablaba de su obra, era fácil intuir que hasta ella comprendía que en esas pequeñas porciones de código había incluido todas sus dotes de nigromante y no quería compartirlas con un simple adepto.

Al principio no le di mucha importancia, apenas era unas cientos de líneas aparentemente sencillas y no podía ser muy complicado cambiarlas por otras que hubiese creado yo, pensaba con cierta arrogancia. Los resultados, aunque eran fáciles de esperar, fueron aún más terribles: partes del código que se ejecutaban en minutos pasaban a necesitar días enteros o se apoderaban de cada bit de la pobre CPU hasta dejarla totalmente inoperativa.

Aquello era pura relojería, un conjunto de planos y piezas que nunca lograría ver como un todo. Una sensación humillante y totalmente desconocida para mi hasta entonces. Estaba atrapado en aquella maraña inmensa, así que hice lo posible por evitar esas minas lógicas mientras excavaba con paciencia en otras zonas más sencillas. Enseguida llene el código de señales de aviso y precaución en aquellas partes que no podía tocar. Al final todo el código parecía uno de esos mapas de la antigüedad llenos de monstruos y abismos que avisaban del lugar exacto donde se acababa el mundo.

Muchas noches, al llegar de trabajar, calentaba algo de comida y volvía a repasar el código desde casa. Lentamente, de manera casi imperceptible, lograba interpretar y cambiar algunas líneas sin destrozarlo todo. Recuerdo perfectamente todas esas noches; a solas, en medio de la oscuridad, me sentía como ese puñado de matemáticos polacos que intuían el avance de las columnas alemanas sobre su patria y trataban de descifrar del éter los mensajes del ejército enemigo sin otra arma que un puñado de mensajes aleatorios y su propia voluntad.

Así durante meses. Poco a poco logré acorralar a esa bestia hasta que las zonas desconocidas habían quedado reducidas a casi nada, y a través de su trabajo llegué hasta ella. Sentía que la conocía mejor que nadie en el mundo, que era capaz de adivinar en que estaba su cabeza con sólo ver el código. Los momentos altos y los bajos, las discusiones, las huidas hacia delante en las que ella era toda una experta. Todo se podía intuir en cada llamada, en cada salto recursivo del código.

En el trabajo, nada más verla aparecer y escribir la primera línea sobre el teclado, me era fácil saber cómo había ido el día anterior. Como digo, nunca había llegado a conocer a nadie a ese nivel. A veces, en medio del trabajo me llegaba su olor y me masturbaba con furia en el retrete.

Guardo en algún lugar inaccesible de mi memoria cientos de días borrados de todos aquellos años.

Cuando nos dijo que se casaba todos intuimos que pronto dejaría su trabajo. Su futuro marido tenía uno de esos trabajos inmensos donde todo el peso de la empresa parecía caer sobre sus hombros, y era fácil ver que ella no quería seguir en un trabajo que había dejado de aportarle nada excepto dinero. Hay personas así, personas que lo tienen todo para ser felices y no lo son. Individuos genéticamente sanos y adaptados pero que no pueden dejar de pensar que se encuentran exactamente en el punto opuesto de donde querían estar. Nunca dirán eso en voz alta, se han vuelto expertos en fingir sonrisas en medio del desastre y no quieren ser tomados por una cretinos inconformistas, pero la duda, siempre vigilante, excava túneles en su subconsciente por los que se escapa cualquier atisbo de felicidad.

El día antes de su boda reuní toda mi valentía para hacerle entrega de un pequeño libro. Eran algunos trozos de sus mejores códigos, las funciones más hermosas que ella había creado con un puñado de comentarios y anotaciones sobre su funcionamiento hechas por mi. El trabajo de casi dos años de arqueología y búsqueda en un libro cuidadosamente encuadernado.

Nunca he sido bueno leyendo los rostros. Yo sólo puedo entender las palabras cuando se juntan unas detrás de otras formando oraciones. Nunca tengo claro si la gente se enfada o se alegra hasta que no intentan conjurar con palabras sus pensamientos, pero ella me abrazo aplastando sobre mi sus pequeños pechos sin decir nada, y sólo sé que no me hubiese importado morir en aquel momento.

Sabía que después de ese instante todo volvería a ser igual que siempre y por primera vez la sola idea de pensar eso se me hizo insoportable.

Todo lo que nos rodeaba se ha convertido en un inmenso vertedero del que ya no recordamos cómo salir.

No nos hacen falta palabras ni oraciones por más que sea lo único que sabemos conjurar; para escapar de aquí necesitamos fontaneros, gente sin escrúpulos y capaces de llenarse hasta los hombros de mierda para que todo fluya y podamos seguir con nuestras vidas como si nada hubiese sucedido. Y no hace falta decirlo, queremos que hagan todo eso sin esperar nada por nuestra parte porque no queremos ser conscientes de la podredumbre ni su nauseabundo olor. Nada que nos recuerde toda esa mierda, la sangre, el semen y el sudor que corre bajo nuestros pies.

Necesitamos la amnesia de los perdedores.

El tipo que vivía dos pisos por encima se ha vuelto completamente loco. Como todos nosotros. Aquella maldita ciudad se había colado en nuestro interior y nos había metido de lleno en una parodia de vida. Sin embargo parecíamos perfectamente normales cuando nos saludábamos por la escalera y la mayoría incluso teníamos trabajos que apenas nos permitían malvivir en aquellos cuartuchos apestosos donde era imposible respirar entre aquella mezcla de olores y cuerpos amontonados y usados sin orden ni pudor en una mezcolanza impúdica de géneros y fluidos.

Era de locos, ni se nos pasaba por la cabeza marcharnos a otro lado.

La culpa de todo aquello la tenían las malditas postales y los jodidos escritores de siglos pretéritos que habían creado con sus relatos una ciudad única en donde todo era posible. Un cementerio con lápidas a medio grabar lleno de historias y de belleza que cubrían en una quebradiza pátina la sucia realidad del día a día.

Una ciudad que sólo existía en sus estúpidas cabezas llenas de sífilis, alcohol y absenta, pero que supieron crear con tanta fuerza que acabó resultando más real que nuestras propias vidas. Nosotros, los que lo dejamos todo para llegar hasta aquí atraídos por su canto mágico, convocados ante su luz como un puñado de polillas suicidas. Nosotros, los que inmolamos nuestras vidas en el templo de esta detestable ciudad que nos devora y nos roe el alma para poder seguir con vida, perpetuándose en su leyenda.

La ciudad de los poetas

Algunos son casi irreconocibles, apenas un borrón incierto situado en frente de otros que parecen recién engendrados. La eterna canción del universo: los viejos frente a los jóvenes, lo ya muerto ante lo que ha de morir en un recuerdo constante de lo que espera en ese incierto futuro de olvido, enfermedad y muerte. No siempre en ese orden

Mientras los recorremos me pregunto cuántas de esas parejas que subieron hasta aquí para jurarse amor eterno seguirán en pie y cuántas habrán seguido su camino de amnesia entregándose con prisa a esa huida constante que llena nuestras vidas.

A mi lado ella las recorre etérea, jugando a la rayuela entre los restos mientras intenta adivinar los nombres tras las iniciales. Ella es feliz, como casi siempre, y yo vuelvo a ser ese periódico que sólo trae malas noticias. Me sumerjo en una negrura que lo envuelve todo y tira de mi, y siempre es así, somos como dos radios mal sintonizadas que nunca llegarán a componer una melodía por mucho que recorramos el dial.

Hago algunas fotos intentando esconderme tras el objetivo cuando la observo cruzarse por delante con un palo en la mano con el que comienza a trazar un nuevo corazón entre los despojos. Traza con letras enormes nuestras iniciales en el centro, yo primero, y me mira con una sonrisa radiante mientras me pide que vaya buscando algunas piedras para terminarlo. Puedes quitar algunas de los otros corazones, le digo quizás con demasiada rabia, y usarlas para hacer el nuevo. Total, no creo que a nadie le importe.

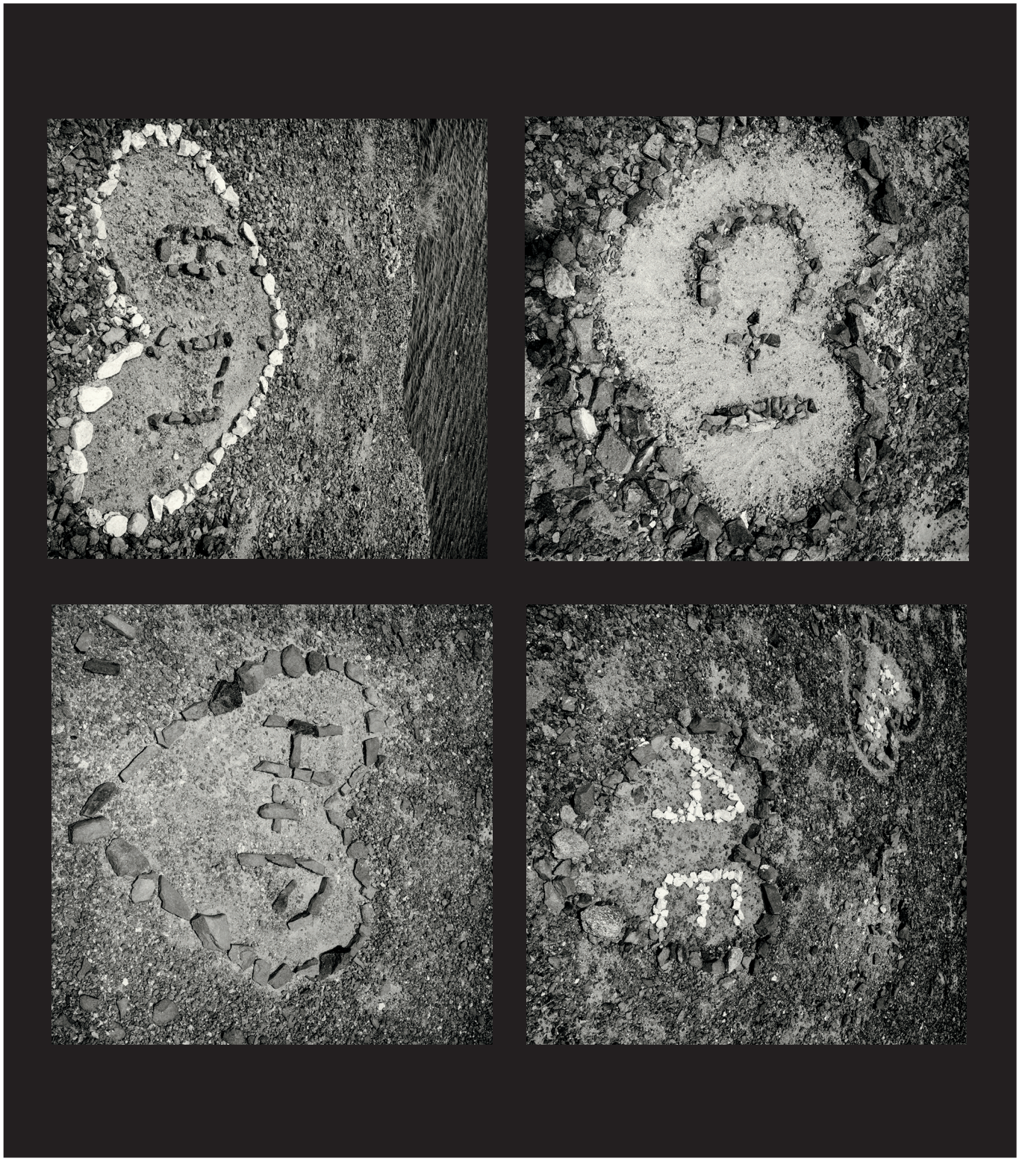
Ella se vuelve ofendida, sin ningún rastro de esa sonrisa en la cara y sé que he vuelto a fastidiarla. La negrura que golpea y lo invade todo a mi alrededor, arruinando lo que toca, sin dejar espacio para una escapatoria o siquiera para respirar.

Golpea el suelo con los pies y parece a punto de comenzar a llorar.

Si hacemos eso, entonces nada de todo esto se hará real. Lo dice abarcando con el brazo que aún sostiene el palo toda la superficie de la playa, los corazones de la arena, el sol que agoniza en el horizonte, el mar inmenso y, supongo, hasta nuestras propias vidas.

Nada será real.

Algo Real



25 Días borrados

I.T

Es fácil darse cuenta: ella es toda una preciosidad rubia y cuando sonríe parece que la habitación entera se ha llenado de florecitas silvestres y unicornios retozando. Es de esas personas que te hacen sentir feo y desaliñado por no haberte duchado como es debido y no haberte afeitado en lo que va de semana.

Por un momento incluso bajo la guardia y casi olvido que estamos en el trabajo, que ella ha venido hasta nuestro sitio y que su sonrisa zalamera sólo puede significar que nos trae un marrón de tres pares de cojones. Nuestro jefe, que tiene un MBA en pensar con la polla, ha adivinado con gran perspicacia, todo hay que decirlo, que si era ella quien se presentaba en la cueva del minotauro sería más sencillo colarnos el marrón sin que protestemos mucho. Inteligencia emocional lo llaman.

Nuestro jefe ha descubierto lo que es una base de datos y, como buen niño en la mañana de reyes, piensa que es algo mágico. Así que ha decidido que quiere extraer y analizar un montón de datos que, seguramente, nadie se haya molestado en grabar de forma coherente.

Y es que veréis, por esa base de datos han pasado años de ingenieros, becarios y gente con buena voluntad que han ido creando una especie de árbol lleno de datos repetidos y cruzados de forma parecida a como nuestro subconsciente enlaza las ideas y las realidades. De forma que acabas asociando tus primeras masturbaciones con el olor de las magdalenas recién hechas y cada vez que pasas por una pastelería no puedes evitar tener una erección.

Mi compañero resopla y pasa las hojas con las especificaciones que nos ha entregado la belleza rubia. De vez en cuando emite una risa nerviosa, se mesa los cabellos y sigue pasando hojas. Se ha olvidado por completo de mi existencia y, lo que es aún más curioso, de la estupenda hembra que tenemos a escasos centímetros. Cuando le ponen un problema delante el mundo real deja de tener mucho sentido. Él vive en los datos, en Matrix.

Ella pasa nerviosa sus ojos por toda la habitación con un mohín de disgusto al hacer el inventario. El extintor al lado de la entrada, una pila de ordenadores e impresoras viejas y destripadas, la pizarra llena de nombres raros y la versión binaria del juego del ahorcado. Y, con todo el disimulo que puede, me mira de vez en cuando, pero yo estoy entregado a la tarea de sonreír y no decir nada. Es el juego de aguantar la mirada con un sólo participante y ella comienza a asustarse, sobre todo cuando su ojos se posan sobre un desvencijado sofá al fondo de la habitación. Se nota que ha visto suficiente porno en la modalidad “entrevistas de trabajo” para saber como acaban esas cosas.

En realidad el sofá es de un despacho en el que hicieron una remodelación y pensamos que podría ser una buena idea dejarlo en ese lado, pero no hay forma de sacarla de su error sin un montón de incómodas explicaciones. De esas que acaban contigo en recursos humanos asistiendo a un curso sobre acoso laboral. Otra vez.

No es que la gente de IT nos gusten las cosas viejas y rendidas. El problema es que cuando la empresa se muda a un sitio nuevo asigna un montón de dinero para decorar despachos y zonas comunes. Dinero que se empieza a repartir por la cabeza de la pirámide hasta que a la gente de abajo le toca un geranio de madera comprado en el Ikea por todo complemento.

Cuando ya esta todo repartido y los de arriba tienen moquetas y cuadros y los de abajo sus geranios de madera, alguien se acuerda de los servidores que llevan la web, el correo o vete a saber el qué; pero eso no preocupa mucho: son feos, hacen ruido y ensucian todo. Es mejor dejarlos en el peor sitio de la empresa, el rincón más olvidado durante la mudanza, el que nadie quería. Pero esos ordenadores necesitan gente para usarlos, dirá alguien. Oye, pues los dejamos al lado de los ordenadores que seguro que les encanta,

suele ser la conclusión habitual.

Y así es como todo los departamentos de IT acabamos en sótanos húmedos o, como en mi último trabajo, en los baños. Me tiré largas horas sentado en la taza de un váter en desuso tecleando comandos contra los servidores. Eran unos baños que habían dejado condenados, pero que nadie se había encargado de remodelar. El rack de servidores lo apilaron contra la ducha y pegaron una mesa al lado de la taza por si alguna vez había que hacer algo que requiriese entrar en la habitación. Era todo tan metafórico que me hubiese gustado poder contárselo a alguien.

Este no es el peor sitio de todos en los que he estado, que conste. Estamos en un sótano, cierto, pero hay unas pequeñas ventanas en lo alto y todo parece limpio aunque las paredes sean de ladrillo y estén atravesadas por tuberías de hierro. El problema es que toda la decoración ha sido realizada por unas personas que miden la idoneidad de un sitio por la cercanía al enchufe más cercano.

Me gustaría explicarle que, además de querer follármela por todos sus orificios, tengo sentimientos. Y eso, el querer follármela de formas harto acrobáticas, no me parece en absoluto incompatible con largos paseos por el parque cogidos de la mano y profundas conversaciones sobre lo especiales que somos.

Ella me sigue mirando mientras se moja los labios y sé que debería decir algo, pero el intentar explicarle todo eso sería en balde: lo primero que aprendes en IT es que no eres como ellos, los tipos con geranios de madera en sus mesas. Puedes usarlo para frustrarte por tu incapacidad para relacionarte o como una poderosa herramienta para sentirte superior a todos ellos. Ninguna de las dos cosas consuela mucho.

Si alguna vez tuviste la idea de que valorasen tu trabajo o que llegases a ganar un buen puñado de dinero por pasarte toda una vida aporreando teclados y leyendo libros horribles para estar siempre actualizado entonces es que te engañaron muy bien, así que en el fondo te lo mereces por idiota.

Todos esos conocimientos técnicos que has ido acumulando a nadie le importan una mierda y sólo logran suspiros de cansancio cuando intentas hablar de ellos. En el fondo sospechan que las cosas podrían seguir funcionando estupendamente si siguiesen haciendo la contabilidad en enormes libros y toda la documentación en papel porque la informática de verdad, esa que valoran, ya se la dan gratis los google y los facebook de turno. El resto sólo son ganas de joderles la existencia.

Y luego tenemos a su novio, he visto montones de fotos de su novio haciendo cantidad de cosas y siempre feliz, el muy cabrón, mientras las hace.

Es un tipo con una bonita sonrisa que ni tan siquiera parece forzada. No lleva gafas y siempre aparece muy bien peinado y con un color de piel envidiable. Seguro que el hijo puta tiene una ventana en su trabajo.

Ella tiene todas esas fotos desperdigadas por toda la mesa como si fuesen cartas del tarot de su destino. El cretino señalando al horizonte, un buen día para los piscis. El memo sosteniendo un gatito, nada de invertir en bolsa. Un tarot que sólo le sirve a ella y que el resto del mundo encontramos insoportable.

No hay nada que llevemos peor que la felicidad ajena. Podemos vivir con nuestra propia estupidez y mediocridad, pero mostradnos una persona feliz y seremos implacables como hurones en celo metidos en una tubería repleta de carne.

La muerte de un miliciano

Hace ya tres meses que tengo a mi Demonio encadenado, me dice y extiende la mano para demostrarme la firmeza de su pulso. Es la primera vez en todo el viaje que me he atrevido a preguntarle por su leviatán.

El Demonio de mi amigo no siempre había sido una fiera de ojos rasgados. En otro tiempo y otro lugar había sido la pócima mágica que lo convertía en el amo de las fiestas, el tipo que abría y cerraba los bares con una sonrisa en la boca y siempre estaba dispuesto a recibir una llamada con la que escapar de la rutina. Era como un Batman gordo y peludo, peleando incansable contra los malos y volviendo a su cueva sin darte la paliza con sus problemas.

En la última entrega nuestro héroe se enfrentó a su némesis, un médico con cara de pocos amigos que nos descubrió el verdadero origen de sus poderes: mi colega era alcohólico. Algo que, analizado con calma, no debería haber sorprendido tanto a su fiel grupo de seguidores.

Hace tres meses que apenas bebo una cerveza los fines de semana; ya no tengo días borrados en mis meses y la vida va mucho más despacio, con cinturón de seguridad. Añade mientras estira el suyo y se recuesta en el asiento del copiloto. Pero también es mucho más aburrida, confiesa. Se incorpora y se vuelve hacía mi. En realidad, no sé como lo lográis, como seguís adelante con vuestras trabajos de supervivencia, con todas esas rutinas prefabricadas. Como hacéis para levantaros cada mañana sin tiraros por la ventana o sin querer beberos hasta el agua de los floreros para intentar encontrar la gracia a todo esto.

No lo dice con rabia ni como un reproche, hay algo parecido a la admiración en sus palabras. Una necesidad de entender algo cuya existencia, hasta hace bien poco, desconocía.

Mi respuesta es que no hay respuestas. Pasas una vida entera intentando doblar una cuchara con la mente y el truco era bien sencillo: no había cuchara alguna.

Ahora mismo estamos en medio de un paisaje lunar de olivos y campos rojizos. La carretera es una cinta de Moebius que divide el horizonte y te tienta a pisar el acelerador un poco más allá de lo razonable.

Vamos tras el rastro de un hombre muerto, la huella para la posteridad congelada para siempre por un fotógrafo Húngaro en 1936: estamos buscando el punto exacto donde murió Federico Borrel. Un punto difuso sin acimut ni derrota alguna cuya ubicación parece haberse perdido entre toneladas de olvido.

Mi amigo conjura ese olvido con un montón de libros, folios con correos electrónicos de gente que dice saber y un papelito con las indicaciones que nos han dado hace un rato en una gasolinera. Pero ahora mismo estamos a las afueras de un pueblo llamado Espejo, cerca de Córdoba, y comenzamos a sentirnos como dos exploradores que se avergüenzan de sentirse perdidos.

Robert Cappa es la última de una larga lista de obsesiones cultivadas por mi amigo. Lleva años siguiendo su rastro, recopilando trozos de su vida hasta trazar la ruta de este viaje por España a través de un puñado de coordenadas repartidas por lugares que se van escapando de mi memoria con el paso de los días: Teruel, Madrid, Barcelona… y, claro, Brunete, el alfa y el omega de esta cosmogonía que vamos componiendo. El punto donde los divinos tahúres situaron la ordenada exacta en donde moriría de manera definitiva un judío húngaro llamado Friedmann y nacería un inmortal nominado como Cappa.

España transformo por completo a Cappa, dice mi amigo. No sólo por Gerda y su trágica muerte, hay algo en este país, quizás sea el viento que arrastra tantas cosas o ese sol que lo recalienta todo que los acaba volviendo locos, incomprensibles. Los españoles siempre han demostrado una tenacidad asombrosa a la hora de aniquilarse entre ellos a lo largo de su historia. Apenas tenían medios pero hicieron un trabajo estupendo, eso hay que reconocerlo. En este país, concluye, Cappa se asomó al material con el que estaban hechas sus peores pesadillas y el tiempo se encargaría de hacerlas más grandes y terribles en un gran teatro llamado Europa.

No parecer tener pruebas para sostener esa afirmación, pero lo dice con una mezcla de tristeza y convencimiento que me hacen incapaz de contradecirle. Es imposible estudiar algo, meterse de lleno en una historia, y no acabar sintiendo su dolor como algo propio.

Esta es nuestra segunda visita a España. La primera sería la piedra fundacional en torno a la cual gira nuestra amistad: habíamos terminado los estudios y teníamos algún dinero que invertimos en un Volvo oxidado y enorme que, según nos dijeron, no estaba para hacer grandes viajes. Eramos jóvenes, un poco idiotas y bastante estoicos por lo que nuestro plan inicial era recorrer todos los pueblos que aparecían en el Quijote al ritmo que íbamos (re)leyendo sus páginas. Como digo, erámos un poco idiotas o quizás habíamos leído demasiado y nuestra visión de la vida estaba un poco distorsionada.

Por suerte el azar en forma unos amigos más lúcidos nos

convencieron de la cruda realidad: lo que nosotros queríamos de verdad investigar, para qué andarnos con rodeos, era la anatomía femenina en todas sus variantes. Habíamos realizado muchos estudios preliminares y teníamos bastante material en forma de vídeos horriblemente grabados y algunos fotografías ampliamente ilustrativas, pero nos faltaba casi toda la parte práctica del asunto. Estaba claro que recorriendo pueblos perdidos de la estepa bajo aquel sol horrible no nos permitiría avanzar mucho en ese campo, así que la decisión era sencilla: lo que realmente necesitábamos era ir al sur de España, Andalucía en concreto. Un lugar mucho más propicio para nuestros objetivos por lo que comentaban todas nuestras fuentes.

¿La verdad? No recuerdo gran cosa de aquel viaje. Las cosas nunca salen como uno las planea y al final uno va llenado la vida con experiencias de segunda mano que nunca ha buscado realmente. Rara vez tenemos lo que nos merecemos, en realidad tenemos aquello que no supimos evitar.

El objeto de nuestra odisea actual se muestra igual de difuso que el de aquel primer periplo y parece perderse entre entre ríos enciclopédicos de olvido. Voy siguiendo unas coordenadas de GPS que alguien nos envió por correo y mi amigo va intentando descifrar el palimpsesto que escribimos en el último bar de carretera, pero en cada curva, en cada recodo del camino algo parece escaparse entre nuestras manos.

Joder, murmura a mi lado leyéndome el pensamiento, si esto fuese Francia tendríamos un cartel gigante anunciado el sitio exacto o uno cualquiera que hayan tomado por el exacto, tampoco importaría mucho. Habrían montado un puto circo con ello, tendrían incluso una de esas figuras de cartón con la cara recortada para que te hicieses un retrato en el momento exacto de caer al suelo atravesado por una bala.

Yo le miro con una respuesta irónica entre los labios, pero el se adelanta en un ejercicio de telepatía que hemos contraído con el paso de los años:

Vale, lo entiendo, fue una guerra civil, pocas bromas con eso. Pero los franceses estuvieron de copas con Hitler y al día siguiente juraron no conocerle de nada, una resaca terrible, oye. Así es como se construye una nación, con toneladas de conveniente olvido.

Entiendo lo que quiere decir. Si concibes la historia como un puñado de hojas ya escritas entonces delegas tu derecho a escribirla. Serán otros los que metan la pluma en el tintero y emborronen con sus codos el resultado. En este país la historia siempre vino escrita por

otros, y los españoles se limitaron a repetir la versión que le gustaba hasta que les sonó creíble. Cada uno con su propia idea, creyendo firmemente que los equivocados eran el resto.

Sin embargo aquí no se acuerda ni Dios. Sigue mi amigo. Nadie sabe nada. Joder, si estuvieron acuchillándose hasta hace dos días y oyéndoles hablar parecería que mañana pueden empezar de nuevo justo donde lo dejaron, y sin embargo nadie quiere saber que aquí hubo una guerra civil. Tienen un enorme elefante blanco defecándose en medio del salón y todos fingen que no existe. Pasan a su lado intentando no llenarse de mierda y sonríen como si ese olor fuese igual en todas partes. Viven de espaldas a lo que fueron y así es imposible saber donde quieres ir, ¿no?

No puedo contestar porque el GPS ha comenzado a pitar indicando la llegada a las coordenadas indicadas. A lo lejos, con mucha imaginación, puede verse una hendidura entre los olivos que asemeja una trinchera. O quizás esa visión sólo sea fruto del cansancio y de las ganas de llegar.

No importa, concluyo, los viajes terminan cuando uno decide que han terminado.

Mi amigo asiente totalmente seguro y agarra la vieja Leica II comprada a precio de oro en un anticuario. Estamos a punto de escribir el final de esta travesía y quiere inmortalizarlo.

Ahora, al borde de nuestra Ítaca, recuerdo una de las primeras dudas que le planteé cuando empezamos a planificar este viaje: Oye, ¿has pensado que esa foto, por lo que dice casi todo el mundo, bien podría ser falsa? Una simple propaganda a favor de una causa.

El me respondió con una sonrisa, casi eufórico al ver que me había fijado en ese detalle que él seguramente había procesado hacía tiempo. Si la foto sólo hubiese sido un montaje, entonces sería incluso mejor. Habría servido exactamente para lo que fue pensada, ¿no crees?

Ese era el truco: no buscar la cuchara.

La aldea de mi abuela era una pequeña anomalía abierta a machetazos entre medias de bosques inmensos que parecían moverse y respirar a un ritmo ajeno al de la asendereada raza que escarbaba con ahínco en sus entrañas.

Era una lucha desigual, y en cuanto los hombres bajaban sus herramientas el bosque recuperaba el terreno perdido. Sin prisa ni quejura alguna, con esa paciencia infinita de las cosas que no conocen edad.

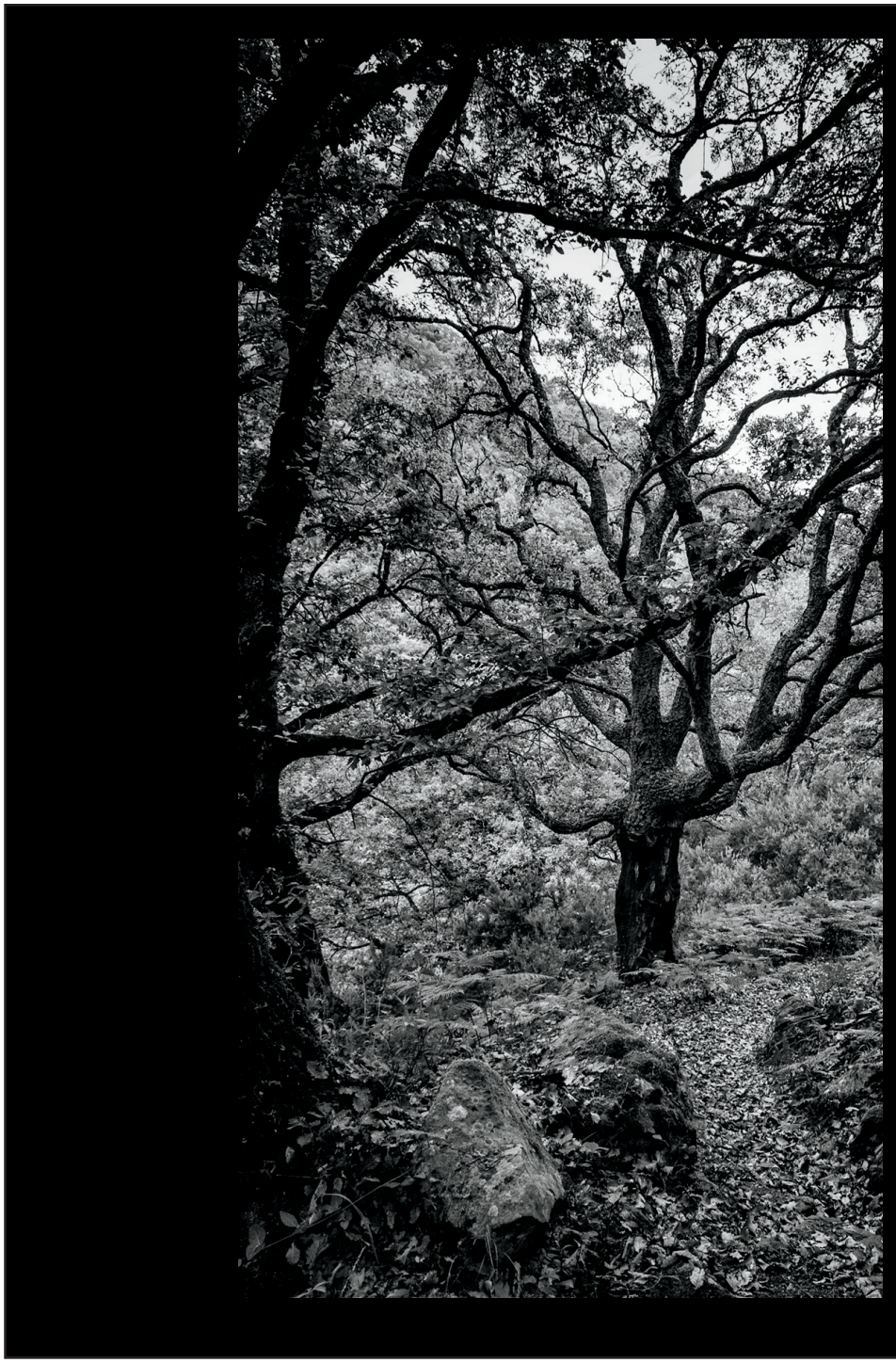
Cualquier casa abandonada empezaba a verse rodeada por zarzas y arbustos que, a modo de avanzadilla, tomaban posesión del terreno. En poco meses las hiedras se entorchaban alrededor de las paredes y empezaban a golpear con saña sus muros buscando abrir grietas en la estructura. La casa, impotente, se estremece y agoniza intentando escapar de la pesadilla, pero todo es inútil. En las siguientes lluvias tomarían el tejado levantando la pizarra y apoderándose de la estructura de madera que una vez les perteneció y la asfixiaran sin escapatoria.

Una vez en el suelo la batalla no concluía, toda la obra, cada rastro humano era cubierto y pisoteado con saña por aquella vegetación sempervirente que se la tragaba hasta hacerla irreconocible. Como si hubiese una consciencia, una rabia planificada detrás de aquellos actos.

Los bosques de los que hablaba siempre nuestra avoa estaban llenos de magia. No esa magia amable de las novelas infantiles, sino una magia en manos de criaturas que ya eran viejas cuando los primeros hombres daban sus pasos por la tierra. Unas criaturas que nos desprecian y se burlan con nuestra fragilidad. Algo, una fuerza situada por encima del bien o del mal y que se alimenta de cosas muertas que no lograron encontrar el descanso.

Cada niño perdido, cada amante que cierra una puerta para no abrirla jamás, cada promesa incumplida y cada deuda no pagada en vida encontraban su refugio entre toda esa espesura y sólo en los días de niebla, cuando sus almas brillaban en la oscuridad, era posible ver realmente su presencia palpitando a modo de pequeños faros en medio de una niebla feroz, casi física que bajaba aullando de las montañas y se enroscaba en una danza obscena entre los árboles y la maleza que crujían y revolvían de placer.

Nosotros nos reíamos de las ocurrencias y advertencias de nuestra abuela y salíamos a jugar sin apenas escucharla. Cruzábamos la carretera de arena y corríamos en medio de los árboles hasta llegar al viejo molino casi desaparecido. O, si era verano, nos acercábamos a la



NÉBOA

frescura del río donde era imposible encontrar un sitio para bañarse en medio de toda la vegetación.

Pero al caer la noche, cuando las sombras se alargaban sobre nosotros, nos quedábamos callados intentando discernir algún sonido del bosque que en ese momento, como una orquesta esperando su aplauso, guardaba silencio.

Entonces nos mirábamos y notábamos como en los rostros de cada uno crecía algo distinto, algo que no habíamos visto en toda la tarde de juegos. No era miedo, era algo mucho más rápido que el miedo. Era un cenestesia que nos golpeaba el pecho y nos azuzaba hasta hacernos volver corriendo desbocados como si todas y cada una de esas almas aullasen en nuestro oído pidiendo, exigiendo ayuda.

En casa, asomada a la ventana, siempre esperaba nuestra abuela. Con una sonrisa feroz nos recibía y nos miraba con unos ojos que no admitían engaño de lo que habíamos visto. Sin decir una palabra atrancaba la puerta con una sólida estaca de madera y dejaba caer puñados de sal sobre el rebate de la puerta.

Mi abuela perdió los recuerdos y la razón. Olvido los días, los rostros y los gestos hasta que toda su vida fue una perfecta confusión. Pero nunca, ni un solo momento, dejo de escuchar los fantasmas que recorrían las estancias de aquella vieja casa reclamando antiguas deudas.

La hora de la siesta

Un punto a favor de compartir vida con un gato: la hora de la siesta se convierte en una dura competición por alcanzar el bostezo más escandaloso, la mayor permanencia bajo las sábanas y, mi disciplina favorita, lograr estirarse con el mayor ruido de vértebras colocándose.

No es por presumir, pero de momento voy ganando de largo.

Cuando los famas salen de viaje, sus costumbres al pernoctar en una ciudad son las siguientes: Un fama va al hotel y averigua cautelosamente los precios, la calidad de las sábanas y el color de las alfombras. El segundo se traslada a la comisaría y labra un acta declarando los muebles e inmuebles de los tres, así como el inventario del contenido de sus valijas. El tercer fama va al hospital y copia las listas de los médicos de guardia y sus especialidades.

Terminadas estas diligencias, los viajeros se reúnen en la plaza mayor de la ciudad, se comunican sus observaciones, y entran en el café a beber un aperitivo. Pero antes se toman de las manos y danzan en ronda. Esta danza recibe el nombre de “Alegría de los famas”.

Cuando los cronopios van de viaje, encuentran los hoteles llenos, los trenes ya se han marchado, llueve a gritos, y los taxis no quieren llevarlos o les cobran precios altísimos. Los cronopios no se desaniman porque creen firmemente que estas cosas les ocurren a todos, y a la hora de dormir se dicen unos a otros: “La hermosa ciudad, la hermosísima ciudad”. Y sueñan toda la noche que en la ciudad hay grandes fiestas y que ellos están invitados. Al otro día se levantan contentísimos, y así es como viajan los cronopios.

Historias de cronopios y de famas.

Julio Cortázar (1962)

Las esperanzas, sedentarias, se dejan viajar por las cosas y los hombres, y son como las estatuas que hay que ir a verlas porque ellas ni se molestan.

Cuando un perro mira a un humano no ve un pobre bípedo que se esta quedando calvo y arrastra una preocupante miopía. No, ve un ser superior, una fuerza incompresible proveedora de caricias juegos y alimentos, si te han repartido buenas cartas, o de castigos y violencia cuando te has equivocado de garito y te han tocado las cartas del perdedor.

Una deidad del antiguo o del nuevo testamento, no importa. Algo que se acepta con la imperturbable estupidez con que ves la lluvia alimentar tus cosechas o al huracán llevarse todo lo que posees.

Todo lo contrario ocurre cuando cruzas tu mirada con un gato. En esa mirada hay una gran dosis de curiosidad y puñados de encantador desdén hacia el pobre tipo que es incapaz de llevar su vida y la malgasta corriendo sin orden ni dirección.

Algunos ilusos creen que, con mucho esfuerzo y dedicación, podrán domesticar a un gato siguiendo el viejo juego de los castigos y las recompensas. No comprenden que a base de miradas y de gestos es el micho el que acaba doblegando al humano hasta convertirlo en un adlátere dedicado a satisfacer sus deseos y caprichos.

Si los chuchos observasen ese proceso de domesticación involuntario lo sentirían en sus diminutos cerebros con algo parecido a la vergüenza. Se arrepentirían con dolor por haber entregado su libertad a un Yahvé tan de baratillo y elegirían sin dudar a los gatos como sus nuevos amos.

Los perros son así, no pueden vivir sin un amo. Necesitan la correa sobre su cuello, las ordenes breves y concisas y una vida planificada desde la cuna a la tumba.

En el fondo no se diferencian mucho de esos humanos a los que tanto dignifican, pero sus cerebros EstímuloRespuesta no les dejan procesar esa información. Por eso nunca, desde que renegaron de la libertad de los hermanos lobos y entregaron sus vidas a los humanos, han dejado de vernos como deidades.

Deidades de baratillo, claro.

Tatuaje

Camina con los zapatos llenos de lluvia y cada paso se convierte en una tarea desagradable que requiere un montón de cábalas y dudas antes de poder realizarse. Sigue teniendo ese aire tímido de quien sospecha que nunca encontrará su lugar, pero ha ganado peso y sus ojos parecen haberse retirado muy dentro entre grandes pliegues de piel. En realidad ya no parece tímido, sólo triste.

Hemos salido de la oscuridad de la iglesia recorriendo torpes como insectos ciegos el camino de grava que lleva hasta el pequeño cementerio para situarnos, incómodos como guardianes de un reloj de cuco, ante la tumba de nuestra madre. Es fácil adivinar que ninguno de los dos quería estar aquí, pero estamos atrapados entre los engranajes de un puñado de reglas sociales que nos empujan ante tumbas recién cavadas.

Al principio hemos intentado hilvanar algunos lugares comunes sobre la difunta para terminar callados fingiendo un respetuoso silencio y retirándonos en nuestros propios pensamientos. Cada pocos minutos deslizo mi mano al interior de la chaqueta y mi corazón se pierde un par de latidos cuando tardo un instante en palpar el billete de tren que habita en mi bolsillo.

No dejo de fantasear con la morbosa idea de quedarme atrapado en este lugar para siempre, la pesadilla más recurrente de todos los nacidos aquí.

Levanto el rostro hacia un sol inclemente y oigo a lo lejos el sonido de la cosechadora. Saboreo más que siento el olor del campo y los animales, me aflojo la corbata que pende vacía como un signo de rendición y alterno mi peso saltando sobre un pie y el contrario. A mi alrededor el pequeño cementerio parece ridículamente atestado constreñido entre cuatro paredes de ladrillo rojo en medio de un campo enorme totalmente vacío.

Leo distraído los nombres en las placas y los escuetos mensajes grabados en ellas. Casi todos nacieron y murieron en los límites de este pueblo sin llegar a ver nada más lejano que la ciudad que se vislumbra al final del valle. La mayoría, comprendo con tristeza, murieron sin llegar a ver el mar. Atados a una tierra miserable y a falsas promesas de eternidad a cambio de obediencia lanzadas desde el púlpito en la capilla a mis espaldas.

Él me mira moviendo la cabeza como si intuyese el curso de mis pensamientos. Él, que logro escapar durante diez años de su destino y que ya ha dejado de entender nada.

La suya es una historia bien sencilla: hizo el servicio militar, estuvo de mecánico en muchas partes y acumulo un puñado de historias de las que nunca quiere hablar... una vez le vimos aparecer con una chica, muy joven y guapa, pero aquello no duro mucho. Las chicas guapas siempre estaban de camino hacia otro lugar y él tenía escrito sobre los hombros que algún día volvería aquí.

Diez años de huida para volver al redil junto a una madre déspota que ya entonces era una perfecta desconocida.

Hay errores que no tienen forma de errores. Son cicatrices, tatuajes indelebles que te siguen toda la vida. Puedes creer que ya no existen porque han dejado de doler, pero un día mientras te afeitas ladeas un poco la cabeza y lo descubres en su sitio con la perfecta nitidez de una mueca burlona.

Desde ese día no puedes escapar. En las bodas, en las celebraciones, en cada foto que te toman. En cada puñetero lugar donde deberías ser feliz el peso de esa cicatriz te arrastra hacia un precipicio del que apenas intuyes el comienzo.

Nadie puede construirse un camino bajo semejante peso, imposible encontrar el punto brillante del nadir que por un instante arroje algo de luz sobre todo este embrollo de la existencia. Todos los planes, todas las ideas, convertidas en bultos borrosos en una habitación a oscuras de la que no puedes escapar.

Cuando hemos salido del cementerio ha insistido en llevarme hasta el cruce donde paran los autobuses, pero he logrado convencerle de la necesidad de estirar un poco las piernas y he mentido como un miserable sobre la necesidad de un momento de soledad y recogimiento.

Nos hemos despedido junto a la señal que marca el límite del pueblo. Él de nuevo con la cabeza gacha y los pies muy juntos ante la línea imaginaria donde acaba el territorio, como si tuviese miedo de dar el paso definitivo que lo sacase de allí.

Vuelvo a palpar el bolsillo de la chaqueta buscando la reconfortante presencia del billete de tren, y al hacerlo he pensado que quizás debería sacarlo y entregárselo para que pueda marcharse. Pero sería un gesto inútil, hay vidas que no son más que trampas circulares y todo el empeño puesto en la huida te acaba llevando a brazos de aquello de lo que pretendías escapar.

Hay vidas que no admiten una escapatoria ni una dulce rendición. Vidas con las que es imposible firmar un empate a cero y simplemente debes sufrirlas hasta su inevitable conclusión.

La memoria de las cosas

Hemos llegado al pueblo poco antes del atardecer. Según todos los folletos se trata de una Arcadía fuera de los mapas en la que apareces tras un vuelo eterno y una discusión no mucho menor hasta lograr un coche, pequeño y rojo, que una vez en la carretera apenas es un diminuto coleóptero cruzando campos inmensos de cereal.

Justo antes de llegar a nuestro destino hemos salido del vehículo, rotos y contrahechos, para contemplar desde una playa casi desierta los últimos instantes de la puesta de sol. El mar estaba totalmente calmado y el sol comenzaba a hundirse al otro lado del mar dibujando una bonita postal que en cualquier otro lugar habría reunido a cientos cámaras en alto intentando atesorar el momento.

En la arena, un viejo totalmente hemingwaiano que arrastraba con aspecto de molusco una barca enorme por la arena, se ha parado ante nosotros y ha comenzado a ordenar las redes y aparejos. Cuando lo ha dejado todo colocado se ha erguido, y mirando justo a la línea donde el sol comenzaba a ocultarse, ha empezado a recitar la historia de su vida.

Quizás a nosotros, quizás al sol que agonizaba.

De como rescato a un perro de tres patas de una muerte segura, de una cicatriz que recorre su pecho como una trinchera de alguna batalla perdida y de un hijo que perdió justo allí, dice señalando un punto sin retorno del horizonte. Los tres hemos vuelto la cabeza hacia ese punto exacto como esperando ver resurgir de entre las aguas al hijo perdido. Una nueva deidad, podrida y cubierta de algas, mucho más acorde a estos tiempos confusos y miserables.

Le he ofrecido una cerveza fría que habíamos comprado a uno de los chicos que correteaba medio desnudo por la playa arrastrando

pesadas neveras de color azul. Él la ha aceptado con un gesto de cabeza a modo de agradecimiento y los tres, en silencio, hemos contemplado el espectáculo de ver morir el sol para resurgir, en el siguiente giro del universo, por el otro extremo.

Los niños de la playa, toda la aldea, viven en un tiempo detenido, un instante idílico del que no son conscientes. Sin apenas electricidad ni satélites sobrevolando sus cabezas han logrado esconderse de una realidad implacable. Han construido una Itaca donde siempre te reconocen entre un viaje y el siguiente porque todo transcurre a otra velocidad y el momento de tu partida y el de tu regreso no ha sido invadido por los ruidos de cosas que parecían más importantes.

Ellos conservan la memoria de las cosas. Son el recordatorio constante del punto exacto donde nosotros y nuestra modernidad lo complicamos todo, y ahora ese mundo al que nunca quisieron pertenecer se hunde y no lo hará en silencio: de alguna forma lograremos arrastrarlos en nuestra caída.

Los mensajes de la oficina se acumulan en un viejo contestador de cinta y la televisión sólo muestra imágenes y voces en un idioma que no entendemos de gente asustada e índices bursátiles cayendo en picado. Hoy, a la hora de la comida, hemos visto un carro de combate con insignias de estrellas rojas paseando por las tranquilas avenidas de una ciudad europea. El tanque recorría las calles desiertas y de vez en cuando paraba y giraba la torreta como olfateando el aire en busca alguna presa concreta que le hubiese hecho emprender un largo camino por medio mundo para llegar justo allí, en medio de aquella ciudad en ruinas. Después parecía rendirse y seguía su lento caminar mientras a su alrededor se arremolinaban papeles y cenizas de edificios en llamas.

En la playa, el viejo de la barca sigue pescando mientras el mundo se derrumba y no parece asustado. Quizás su mundo, el mundo que le importaba, se hundió hace muchos años sin que nadie le prestase atención y ahora él nos devuelve su desprecio como pago.

Los niños de la playa siguen con su rutina: juegan al fútbol en la playa y paran de vez en cuando para vender refrescos y bocadillos a los pocos turistas que quedamos y que formamos grupos de pingüinos que miran el suelo y se saludan con la cabeza.

Nosotros contemplamos ese tiempo detenido como si fuese una vieja fotografía de un lugar que no conocimos y no dejamos de soñar con la idea de estar atrapados en esta burbuja de irrealidad. Con suerte, para siempre.

Magia

Hay algo de magia incomprensible en que un niño te haga entrega de alguna de sus posesiones. Es un gesto tan abisal, tan lleno de absoluto desprendimiento que, sea cual sea el objeto entregado, el adulto que lo recibe tiene la imperiosa necesidad de exhibirlo como un trofeo de caza.

Ese gesto de desprendimiento apenas tiene algo que ver con el mundo de los adultos donde cada acto de entrega, cada gesto altruista, espera su contrapartida. En el caso de los niños ellos no esperan nada, es un simple gesto de adoración.

Él, a pesar de todas sus limitaciones emocionales, debe haberlo comprendido porque lleva ese pequeño origami con la forma de un elefante siempre encima. Es una figurita de color rojo, la favorita de su vástago, que me encuentro a cada instante: en los hoteles donde pasamos horas intentando construir algo que no existe y se nos escapa a toda velocidad, en las reuniones donde hace aburridas presentaciones o agazapado en su cartera cada vez que adopta su pose favorita al hacerse cargo de la cuenta de la cena.

Cuando algún conocido, de esos que te acaban de presentar y te encuentra con los pies descalzos, una copa en la mano y demasiado cansada para buscar replicas ingeniosas, descubre que no tengo hijos deja de mirarme a los ojos para fijarse en algún punto situado justo encima de la frente. Un lugar donde parece haberme brotado una especie de contador en cuenta regresiva, y pasan el resto de la conversación haciendo complejos cálculos mentales del tiempo que aún me quedaría para tener un par de ellos. Enseguida engendran alguna explicación para algo que encuentran extraordinario, algún trauma pasado o dolencias de todo tipo son las explicaciones más habituales.

En cada hotel, en cada breve escapada que hacemos juntos, en cada ocasión en que intentamos fingir un futuro, esa pequeña figura me recuerda que no existe nada parecido a un nosotros.

Ese pequeño elefante de papel es una bandera que ondea con orgullo. Algo, la prueba palpable de que a pesar de la mierda de padre que ha sido, su hijo decidió rescatarlo al entregarle el que era su origami favorito. Pero ese puñado de papel es algo más, es una frontera, una barrera que me cierra el paso a un lugar al que estoy vetada.

Es una forma mezquina y egoísta de hacerme saber que él es mejor que yo, que su vida ha sido más completa, mas digna de ser vivida que la mía.

Ahora, al darme la vuelta esa figura me observa desde lo alto de la mesilla de noche y me impide dormir. Doy vueltas hasta levantarme en esa imprecisa hora en que la palabra nosotros se me antoja una fantasía inabarcable.

Somos como esos dos relojes que hemos dejado al lado del elefantito. Uno estropeado, con las manecillas sujetas a un punto fijo y el otro funcionando, siempre girando inmarcesible, con un propósito aunque sea absurdo y circular. Dos veces al día esos dos relojes darán la misma hora en perfecta sintonía, pero eso no será más que una fantasía de normalidad. Un acimut donde todo parece posible para, apenas un instante más tarde, venirse abajo a toda velocidad.

Desaparecer

En cada ser humano mirando fijamente campos inmensos de cereal hay un escapista. Un primate con ínfulas que sueña y busca versiones alternativas de sí mismo lejos de la oficina, de los atascos y de los rituales pegajosos de esa rutina impostada que devinimos en sucia metáfora de realidad.

Dejar una vida, dinamitar todo. No, no todo: dinamitar el metro cuadrado que uno ocupaba entre la gente. Más bien: dejar sillas vacías en las mesas que se compartían con las amistades, no a modo de metáfora, sino en verdad, dejar una silla, volverse un hueco para los amigos, permitir que el círculo de silencio en torno a uno se ensanche y se llene de especulaciones. Lo que pocos entienden es que no dejas una vida para empezar otra.

Los ingrávidos (Valeria Luiselli)

Siempre he sabido que mi últimos días los pasaré en un asilo, solo, un poco tronado y siendo maltratado por robustas enfermeras con acento polaco. Y no hicieron falta adivinos ni sortílego alguno para armar semejante conclusión, es el espejo que cada mañana devuelve mi reflejo el que ha terminado por delatarse.

Con ese destino ya marcado en todas las cartas de navegación decidí no tenerle miedo a los cambios. Pensaba, no sin cierta ingenuidad, que cualquier deriva en el rumbo no me llevaría a ningún sitio peor y es que, al contrario de lo que cantaban los clásicos, es en la asunción de la derrota donde somos realmente libres.

A estas alturas poco importa, pero he empleado mucho tiempo repasando los mapas de mi existencia, atrapando cada instante vivido en una moviola cósmica para desentrañar el punto exacto donde todo comenzó a torcerse. Tan perdido estaba que he llegado a pensar si mis padres, con sus consejos desgranados a lo largo de los años y envueltos con el engañoso papel de la experiencia, no tendrían gran parte de razón. Como si el hacernos más viejos nos otorgase algún tipo de inteligencia superior que nos estuviese vedada hasta entonces.

Así de perdido estaba.

Y cuando una persona se siente perdida siempre vuelve sus pasos hacia algún punto de referencia conocido. Ese mágico e impreciso instante donde todo era más sencillo y podías levantarte de la cama sin sentir clavado entre los hombros el peso de los días. La palabra que buscamos es cansancio pero, silencio, nunca la digas en voz alta: si la conjuras avanzas hacia la derrota y después, un poco más lejos, te das de frente con la tristeza. Y ese ya es un punto de no retorno; conviene marcarlo en todos nuestros atlas con un montón de señales de peligro y algunos dragones y serpientes de dientes afilados.

A mi alrededor he sentido la muerte y la decadencia que a todos nos espera, y he visto la vida abriéndose paso entre todos los ángulos muertos como un ladrón huyendo en medio de la noche. En todos estos años nacieron y se rompieron parejas, conjugamos tequieros que olían a niebla y cansancio, se hicieron promesas que nunca pensamos que nos harían cumplir y no hemos dejado de buscar ese algo que empezamos a sospechar quizás no exista. A falta de un milagro, una revelación que nos arrase por dentro y nos tire del caballo, muchos acabaron pensando que ese algo debía ser tener hijos, pero la verdad, la única que cuenta, es que no hay más respuestas que las que podamos inventarnos. Los soñadores simplemente dejaron de soñar, los buscadores se agachan y dicen haber encontrado aquello que ansiaban justo en la punta de sus zapatos y otros componen la melodía y el resto vamos bailando como si nos fuese la vida en ello aunque no hayamos

Ya no engañamos a nadie

Para Mónica. L que puso el título, y otras muchas cosas..

entendido nada.

Al principio me sabía al comienzo de algo, ahora me intuyo justo al final. Y esa es una diferencia fundamental.

Y duele.

Y entre tanto levantar simulacros de vida en los que siempre acababa faltando algo, todos acabaron por entender las instrucciones a la perfección. Yo, que me creía mucho mejor que todos ellos, he acabado haciendo exactamente lo mismo, pero con la fe del converso, sin poder creer realmente en ello.

No siempre es así, claro. A veces hay breves instantes en los que siento que encajo y creo que todo irá bien, que no podrán conmigo, pero no dejo de pensar que en cualquier momento alguien me arrancará la máscara y descubrirá la terrible realidad.

Y la terrible verdad es que cada día soy más pequeño e invisible. Pierdo dos o tres contactos de la agenda del teléfono cada mes y empiezo a buscar excusas para hacer llamadas que nadie quiere recibir.

En algún momento simplemente desapareceré.

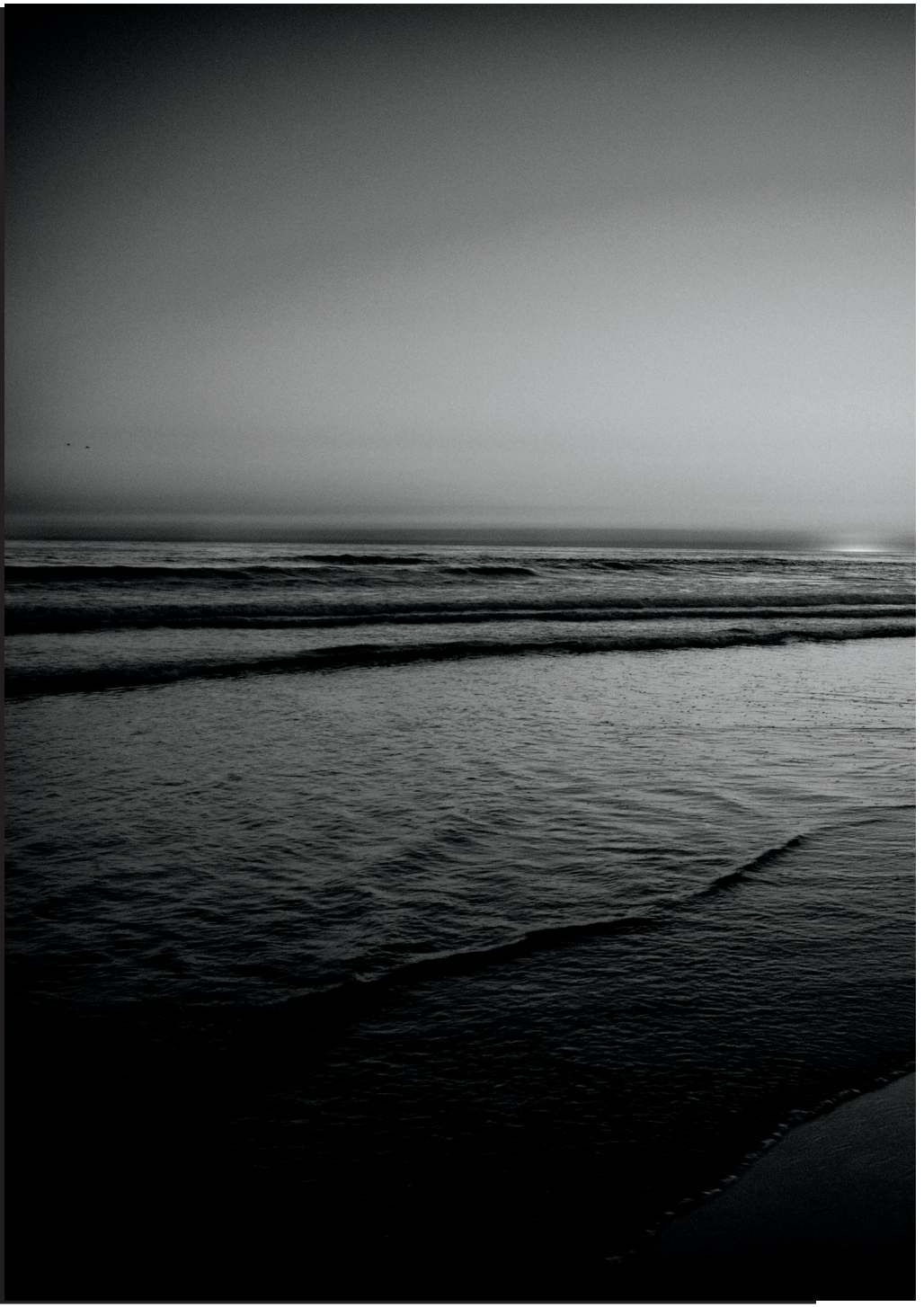
Siempre he creído en la magia de la palabra escrita como un conjuro contra el olvido, contra ese constante hacernos trampas a nosotros mismos. La escritura es para mi una inmensa oujia llena de frases inconexas que, si apunto con cuidado, lograrán dar un poco de sentido a todo esto. Todo un rastro de letras, palabras, puntos y comas que he ido poniendo en papel como una barricada contra la desmemoria.

Por un instante quiero pensar que estos librillos que voy componiendo son algo que me define algo, porqué no decirlo, que me hace mejor, más digno. ¿Más digno de qué? No hay forma de saberlo.

Así de perdido estoy que ya voy buscando excusas por anticipado.

El resumen de este año, que ha sido un poco mayor que doce meses, lo he dejado en la trastienda.

En formato PDF, aquí, y en formato “libro” en este otro aquí



55 Días borrados